¿Arquitectos o arqueólogos?

Por: Hno. Joel CRUZ, mccj
Comunicólogo

«El cristiano que falta a sus obligaciones temporales, falta a sus deberes con el prójimo; sobre todo a sus obligaciones para con Dios y pone en peligro su eterna salvación», dice la *Gaudium et spes* (n. 43). Esto debe quedar muy claro en quienes escuchan nuestras catequesis, predicaciones o están dentro de los procesos formativos que establecemos como agentes de pastoral en la Iglesia.

El objetivo de este tema es ayudar a las personas en su crecimiento humano y espiritual, y reconocer que la fe en Jesucristo tiene implicaciones que lo obligan a trabajar por la justicia social. Para esto puedes comenzar contando la siguiente experiencia.

Manuel acaba de acercarse a su parroquia porque quiere ser catequista. Dice que desde hace mucho había querido participar en la Iglesia, pero que sus amigos le decían que las cuestiones religiosas eran sólo para mujeres y por eso no se atrevía a acercarse. Ahora que comienza a participar en la formación básica, tiene problemas con algunos agentes de pastoral que ya llevan tiempo en la parroquia. La razón: él, por su cuenta, antes de acercarse a la Iglesia, se organizó con unos amigos para ayudar a los niños de la calle en una institución del gobierno y va dos veces por semana a convivir con ellos. Cuenta que algunos catequistas le dicen que tiene que dejar a los chicos de la calle, porque su función es otra.

El dilema que vive es evidente: quiere ser catequista, pero quiere continuar trabajando con los jóvenes de la calle. Por otro lado, siente que la formación que está recibiendo en la parroquia no le ayuda a responder a los desafíos en el acompañamiento de esos jóvenes, que según su experiencia, son los más necesitados. No sabe qué hacer y a dónde acudir para capacitarse y hacer mejor su trabajo y, sobre todo, no sabe si puede ser catequista y hacer su trabajo social al mismo tiempo sin traicionar los principios cristianos.

El dilema de Manuel refleja un desconocimiento del Misterio de la Encarnación, una de las verdades fundamentales de nuestra fe, que nos dice que Dios ha entrado en la historia de la humanidad, y como hombre se ha convertido en sujeto de esta historia. Por eso, ningún creyente en Jesucristo debe «escaparse del mundo», porque sería traicionar al mismo Señor de quien se dice discípulo (*Jn* 17); ya que no seguiría la vía trazada por el Señor, que pasa por el ser humano y sus cuestiones para el cumplimiento de su misión.

Manuel debe saber que los asuntos sociales que nos envuelven son «humanos», es decir, son cuestiones que tienen efectos de bien o de mal en las personas y el entorno.

Formar la conciencia

Si queremos una Iglesia encarnada, preocupada por el individuo, centrada en Jesucristo, que nos empuje a la construcción del mundo, de un ser nuevo y una sociedad nueva, es necesario formar la conciencia del cristiano desde la mirada de la Doctrina Social de la Iglesia (DSI); porque lo lleva a la convicción de que la salvación abraza la totalidad de los pueblos, y que cada etapa histórica está profundamente ligada a la Historia de la Salvación. Esta doctrina establece los principios, criterios y orientaciones para que el cristiano pueda expresar visiblemente la fe que profesa.

Krzysztof Zebik

«El gozo y la esperanza, la tristeza y la angustia de los hombres de nuestro tiempo son también gozo y esperanza, tristeza y angustia de los discípulos de Cristo

La meta de la DSI es impulsar, sobre todo a los cristianos católicos, a participar en la construcción de una sociedad más justa y fraterna, porque –nos dice la *Gaudium et Spes*– «el gozo y la esperanza, la tristeza y la angustia de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de toda clase de afligidos, son también gozo y esperanza, tristeza y angustia de los discípulos de Cristo, y nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón».

Superar la formación «arqueológica»

Ante los graves problemas de orden social que, con características diversas nos envuelven, el cristiano debe saber que puede encontrar en la Doctrina Social de la Iglesia la orientación para su acción concreta. Por eso es importante conocerla y asimilarla de tal manera que lo haga capaz de anunciar y actualizar el Evangelio en el mundo de hoy.

¿Desde qué perspectiva queremos formar al cristiano? ¿Cómo «arqueólogo» o como «arquitecto»? El arqueólogo se caracteriza por buscar «cosas» del pasado, sus descubrimientos son para «informar» sobre el pasado y luego lleva sus descubrimientos a los museos para que la gente los admire, se asombre, se informe. Sus descubrimientos no siempre tocan su vida y la transforman, pues es el pasado. Él vive el presente de otra manera y con otros criterios, no se deja condicionar por sus descubrimientos.

Una formación «arqueológica» de los cristianos, hace que se acerquen a Jesucristo y su propuesta como si fueran «hechos del pasado». Pueden incluso sentir admiración y asombro ante las obras realizadas por Jesús, ante sus palabras, su estilo de vida. Pero no se dejan condicionar o transformar por Él, pues lo dejan en el pasado y en el «museo» de los santos de los templos, ya que creen que el presente exige un modo de ser distinto al planteado por Jesús.

Una comunidad eclesial de base en Coatzacoalcos, Veracruz, se reúne y brinda ayuda ante un problema social

Formar en una mentalidad de «arquitecto»

El arquitecto se caracteriza por su capacidad de imaginar, crear, idear, planificar, diseñar... una obra concreta para el futuro. Es decir, se acerca a la realidad teniendo ya en mente el edificio que tiene que construir o reparar. En este sentido, quien se acerca y sigue a Jesucristo como «arquitecto» lo hace para transformar la realidad en la que se encuentra teniendo presente todas las dimensiones de la existencia humana (economía, cultura, política, religión...). Él transforma en el «plano» de un mundo nuevo. Esto implica tener presente los siguientes aspectos:

a) Teológico-práctico. Ser conscientes de que el plan creador de Dios no se puede separar de la Redención, que llega a lo concreto de la existencia de las personas. Esto significa que nuestra práctica es el reflejo de la acción de Dios en quien creemos: que ve, oye y conoce los sufrimientos de su pueblo, que no se queda en las nubes, sino que baja para liberarlo, para hacerlo subir a la libertad y a la dignidad, para luego enviarlo a liberar a otros pueblos (*cf Ex* 3,7-10). Este aspecto nos recuerda que evangelizar es salvarlo integralmente.

b) Histórico-antropológico. Ubicarse en el tiempo y en la problemática social, económica, política, cultural, religiosa… que nos afecta en la actualidad. Tener presente el tipo de ser humano que es producto del contexto y la sociedad que lo conforma. Este aspecto nos recuerda que el Evangelio está íntimamente ligado a la Historia.

c) Escatológico. Ir «más allá», para dar sentido a lo que parece no tenerlo, para orientar el desarrollo y el progreso teniendo como horizonte a Cristo que da sentido a la existencia. Este aspecto no nos permite quedarnos en la simple respuesta para satisfacer algunas necesidades humanas, sino sobre todo nos obliga a ir al «por qué» y sobre todo al «para qué» de todo.

La formación cristiana que conduce a la conversión requiere entonces, tener presente las siguientes dimensiones:

1. Dimensión teórica: conocer la formulación orgánica y sistemática que ha hecho la Iglesia a través de documentos sociales donde ofrece principios de reflexión, criterios para juzgar la realidad y orientaciones para construir las relaciones de convivencia en un orden social justo y equitativo.

2. Dimensión histórica: Ubicarse en tiempo y espacio determinados de las personas y la sociedad, en función de una toma de conciencia de sus problemas.

3. Dimensión práctica: Aplicar los principios, los criterios y orientaciones de la DSI en la cotidianidad, traduciéndolos concretamente en la forma y en la medida que las circunstancias permiten y reclaman.

La formación cristiana, al final de cuentas, debe convencer al cristiano de que su acción en sociedad debe estar impulsada por una antropología teológica encarnada en Jesucristo, que se hace presente en el ámbito sociopolítico, cultural, económico… como signo visible y operante de la presencia del Señor que ha puesto su morada en el mundo.

Para terminar el tema puedes leer con tu grupo el texto de *Jn* 17,15 y *Mt* 22, 36-40. ¿Qué piensas del misterio de la Encarnación y sus implicaciones en la sociedad? ¿Crees que tienes la formación suficiente en los principios, criterios y orientaciones de la Iglesia para actuar como cristiano en la sociedad? ¿Qué se podría hacer para una mejor formación de la conciencia cristiana?

Finalmente, hagamos una petición a Dios a partir de lo reflexionado y terminemos orando juntos el Padre nuestro.